

Estudiante de la Universidad de Córdoba.
Autor de varios artículos en revistas de cine y
ocio electrónico.

José Rafael de la Torre Morales
Córdoba, 1986
Séptimo Accésit

Dedicado a mi padre,
Pedro Antonio.

LOS TEMAS OLVIDADOS

La luz del tubo fosforescente del techo de la biblioteca se refleja sobre mi mesa de conglomerado de madera, mis ojos están fuera de mis apuntes, mi cabeza intenta recordar lo estudiado, prohibido otear furtivamente la materia, el manual, mis anotaciones; sólo vista al vacío mientras siento como mi mente es un polvoriento archivo de ficheros amarillentos y mi memoria un detective en busca del dato clave de la investigación.

Decido dejar de lado la visión de los colores tristes de la mesa y el suelo y recordar el enésimo concepto y las enésimas características alzando la cabeza y divisando al resto de los mortales.

Mal de muchos, consuelo de tontos, pero a dieciséis horas de un examen, prefiero consolarme como tonto al percatarme que no soy el único en la misma situación; por todos lados abundan miradas perdidas, brazos cruzados, labios mudos moviéndose en el silencio recordando la lección; si nuestras cabezas estallasen como en una película *gore* llenaríamos la biblioteca de fechas, artículos, fórmulas y ecuaciones cual “big bang” del conocimiento.

Abandono la zona de estudio para despejarme, pasando de la quietud del camarote de un capitán al ruido de una ensordecedora sala de máquinas, cuyos pistones y cadenas han sido

sustituídos por las voces de los muchachos y muchachas que se arremolinan para fumar un pitillo, discutir los gustos del profesor que te va a examinar y hacer planes para después de los exámenes cual presos cuentan lo que harán el día que sus pulmones respiren aire libre.

Vuelvo a mi mesa, miro mi reloj, sin ser de ciencias entiendo en un pestañeo la Teoría de la Relatividad del señor Einstein, a la hora de repasar, los minutos se consumen como munición en un arma automática. Encajo lecciones y tiempo de repaso y maldigo que las matemáticas sean una ciencia tan exacta. Tristemente, me hallo en un ruedo en el que tengo más cerca el afilado cuerno del astado, que el recoveco salvador del burladero. Algunos temas van a quedar olvidados por esa necesaria red del trapecionista universitario llamada repaso.

Termino mi jornada en la biblioteca, cierro la cremallera de mi mochila haciendo el menor ruido humanamente posible, abandono a los futuros profesores, ingenieros, arquitectos y abogados y emprendo el camino de vuelta al hogar.

Me coge del brazo un conocido, ofreciéndome un regreso en coche, algo que necesito aire fresco, mi ingenio es mi mejor escudo contra ese enemigo llamado timidez, tomo la mochila a un hombro y mis pies se encargan del resto. Ni en el deambular nocturno, evitando chocar con alguien y eludiendo los acelerones de los domingueros en los pasos de peatones consigo olvidar mi examen, mi materia, mi sino para las próximas horas.

Llego a casa, el sonido del portazo coincide con un resoplido, enfilo el pasillo con rapidez y dejo caer mi mochila sobre mi cama deshecha, como si llevara en ella el peso del mundo.

Ni la mejor suite de hotel puede compararse en ese momento a mi brasero y mi sofá, ni de lejos; mi madre aparece con una sopa caliente y un filete sobrante del almuerzo de hoy, supera con creces el bocadillo envuelto en derivado de petróleo que he comido para no desfallecer en la Universidad. A pesar de tanta amabilidad no quiero hablar, no quiero contar mi día, sólo estar por un momento en descanso, en paz. Me retiro de la sala de estar con la convicción de que esa película anunciada a golpe y platillo por la televisión tendrá que esperar a otro momento, porque ahora ni quiero ni puedo distraerme, sólo pienso en esos temas que tan injustamente no han sido repasados, al contrario que sus hermanos con ordinal numeral más inferior.

La luz ilumina mi habitación, he pasado doce horas en la biblioteca y parece que vuelvo de desembarcar en Normandía, me siento en la cama para descalzarme al sonido ilegible de las tripas de mi ordenador iniciándose, flexiono mi cuerpo y las yemas de mis dedos tocan mis alpargatas, perdidas debajo del catre, me esfuerzo un poco más y las saco de aquel limbo.

Me siento en frente de la pantalla, miro mis redes sociales, los resultados de la jornada de Liga y después de leer las animosas noticias manifestadas en bombardeos, atentados, y cifras de desempleo, apago aquella máquina de la que envidio profundamente sus 200 *gigas* de memoria. Quizás algún día nos implanten por vía auditiva un *usb* y descarguemos en nuestros cerebros la información, pero de momento mi limitada mente tendrá que contentarse con lo que pueda retener.

Cojo el móvil, son las once de la noche, once horas para el examen, fijo la alarma a las cuatro de la mañana, las cuatro, hay más rayas en la cobertura que horas tendrá el día cuando me despierte, empiezo a pensar que si soy capaz de estar de juerga con una copa en la mano a esa hora, seré capaz de estar con un libro, que podré vencer el sueño, que estos excesos nocturnos son sólo para jóvenes, y ¡qué demonios!, soy joven y puedo hacerlo.

A las cuatro de la mañana, oigo el sonido de la alarma de mi móvil, desafiándome, sonando alegremente poniendo a prueba si mi motivación es realmente la misma que cinco horas atrás, ahora no parezco ese joven prepotente, los párpados pesan y las extremidades chirrían.

Me desplazo a la cocina, la lata de refresco, al abrirse en la calma de la madrugada, suena como una bomba de gas que dobla una viga, lata en mano me dirijo a la mesa del escritorio iluminada lúgubrememente por el flexo, mi habitación parece más una sala de interrogatorios de la época de la caza de brujas que un lugar de estudio, mientras, en las paredes, las caras de los personajes de mis *posters* se tornan en la penumbra tristes, como si fueran objeto de contagio de mi cansancio.

Busco en mis folios los temas olvidados, aquellos que no tuvieron tiempo de subirse a ese tren llamado repaso, y comienzo a leer; dicen que las palabras vuelan y lo escrito permanece, estoy seguro que no fue a las cuatro y media de la madrugada cuando alguien pronunció esa frase.

Durante un instante de ejercicio nemotécnico, miro a través del cristal, esa calle bulliciosa, a veces, porque no decirlo, molesta, con esos gritos del día a día cotidiano, acompañados al compás por la propaganda del tapicero y las agudas notas del afilador, y que sin embargo ahora, como una

llanura tras la batalla, parece no albergar vida, sólo un silencio sepulcral que hace preguntarme por la vida y destino de las escasas almas taciturnas que pasan por ella.

Mi mente intenta no caer en los brazos de Morfeo, me digo ¡ánimo, adelante!

Los minutos van pasando en aquella noche en vela como la cuenta atrás para un reo condenado.

Las cinco, las cinco y media, las seis...

Vuelvo por otro refresco, tengo tanta caféina en lo alto que podría aguantarle veinte asaltos a Mike Tyson.

A las siete repaso los últimos folios, bebo el último sorbo de mi segunda lata, la dejo en la parte de escritorio que ha conquistado mediante un cerco pegajoso, pronto la vida va a llegar al mundo, comienzo a escuchar levemente las alarmas de mis vecinos a través de las paredes, anunciando la llegada de un nuevo lunes.

A las ocho mis temas olvidados han vuelto al redil con sus hermanos repasados, ahora al menos están empatados, me levanto de la silla con la misma fuerza que un corredor de maratón que alcanza el kilómetro cuarenta y dos, y me dirijo al cuarto de baño.

Me lavo la cara, por dios, normalmente mi fealdad rompería el espejo, pero hoy, hasta el espejo se apiadaría de mí para consolarme, vaya par de ojeras. Echo la pasta de dientes sobre el cepillo como argamasa sobre ladrillo y me impregno de la colonia que abrí con ilusión un seis de enero.

Me marchó, no a la guerra, pero casi, mi madre me da un abrazo, vuelve sano y salvo hijo mío, es inevitable pensar en las oportunidades que tengo y que ella no tuvo, duele pensarlo, duele fallar a alguien así, no me gusta esa sensación, prefiero canalizarla como motivación y no como tortura.

De nuevo, me acompañará mi fiel compañera de viaje llamada mochila, introduzco en ella unos bolis y los apuntes y cual peregrino en año santo abandono mi hogar en busca de la salvación, no para mi alma, pero sí para mi vida estudiantil.

Por la calle, por fin la mente ya no me carcome, no porque ella no quiera sino porque no puede, está apagada después de tanto esfuerzo, el cuerpo actúa automáticamente, mis piernas, adiestradas durante años por la misma ruta de ida y vuelta, devoran terreno de manera inconsciente.

Soy un zombi en la fría mañana, podría caer la bomba de un avión a un metro de mí o cruzarme con Kurt Cobain dándose el lote con Amy Winehouse y no me daría ni cuenta.

A las nueve de la mañana llego al edificio de la facultad, me recibe con un confeti de trípticos de créditos de libre configuración, da igual que traten del vampirismo en los tiempos de la República, de la relación del flamenco en la agricultura medieval, o de la aplicación del federalismo en el deporte, mientras obtenga botín de créditos un estudiante asaltaría una diligencia de conferencias insípidas. Me detengo ante un tríptico de un concurso de relatos, me llama la atención, cojo uno y lo meto en el práctico bolsillo trasero de la mochila, la próxima vez que necesite un boli, recordaré que esa cartulina blanca que sobresale entre esos capuchones es una invitación a escribir.

Continuo andando por un pasillo que me recuerda que por mucha superpoblación que haya en el mundo, siempre se necesitarán estudiantes, a poder ser limpios, no fumadores y serios en el pago, para llenar los edificios de este país.

Mis pasos me llevan a reprografía, breve mirada, casi fugaz, la que doy al tablón de mi curso, me basta un segundo para ver si algún profesor me va a alegrar el fin de semana con una nueva práctica.

Llego al patio de la facultad, sólo el ver una cara conocida es motivo de sonrisa, mi cara de muerto viviente desaparece, mi cara sarcástica, canallesca, jocosa, brota.

No soy la alegría de la huerta, pero tampoco un amargado, ¡qué carajo! Vocífero como nos van a poner nuestros traseros, cuántas nos van a quedar, y así, entre chascarrillos y bromas, mis compañeros y yo dejamos fluir algo de alegría en este día gris, aun con folios en la mano, aun con carpetas reposando en las rodillas y aun con dedos volando veloces sobre las páginas, la gente es capaz de hacerme disfrutar con un par de bromas. Así, rodeado de la más grata compañía, pasan los minutos, qué sensación, estoy seguro que en el futuro echaré de menos a estos cabrones que sacan punta a cualquier tontería en esta hora aciaga.

A diez minutos de las diez, las bromas desaparecen sustituyéndose por vaticinios de posibles preguntas, experiencias de veteranos de anteriores batallas en la misma asignatura y suposiciones sobre lo que al profesor le gusta, no le gusta, le gusta pero así no, le gusta pero sin expresarlo en muchas palabras, le gusta pero aún así catea la gente...

Con puntualidad británica aparece la fiera figura del profesor, dicen que es exigente, hay quien lo expresa con otros términos, pero ahora sólo debo pensar en mi examen. Entraremos de uno en uno en su despacho.

Alcalá es la primera, no dudaría en viajar atrás en el tiempo para que su madre se casara con un chico apellidado Zubizarreta, pero hoy no toca trastocar las leyes temporales, ahora toca ser la que empiece por aquel orden tan conocido como injusto que se enmarca sobre el reparto de las obras teatrales, el orden alfabético.

Cuando la puerta del despacho se cierra, todos cabizbajos repasamos al unísono, excepto el siguiente en entrar, que mira impertérrito el pomo de la puerta mientras nota como su respiración se acelera. Ahora no hace falta máquina del tiempo, Blasco siente lo que los gladiadores de Roma sentían en su cuerpo antes de salir a la arena.

Alcalá vuelve del examen, nos arremolinamos ante ella cual periodistas en zona mixta ante un goleador de final de mundial.

-¿Qué ha preguntado?

-¿Que te ha dicho?

-¿Cómo ha sido?

Cualquier detalle es corto, a mayor precisión que exigimos, mayor es la amnesia de la asediada, no han pasado ni cinco minutos pero le cuesta recordar alguna de las preguntas, su fatigada mente es como un naufrago que yace en la húmeda orilla con el cuerpo embarrado y la lengua salada.

Siguen pasando los minutos, a las diez y media entra Cejudo, el siguiente soy yo. Mi mente va a doscientos por hora, pasando imágenes como fotogramas en un película, recordando si he hecho lo suficiente, si fue demasiado el tiempo que pasé viendo algo que me gustaba, o escuchando algo que me apetecía o yéndome de juerga esa noche que quizá no debí o esa madrugada en la que juré

parar en el nivel cinco del juego, y me fui a la cama en el quince. Vueltas y vueltas, y de repente, la nada, Cejudo abre la puerta, basta un leve gesto con la barbilla para saber que soy el siguiente, con gran nerviosismo y miedo entro en el despacho del profesor.

Con educación doy los buenos días.

-Siéntese, señor -contesta el profesor a mi cortesía.

Resoplo bajito, y empiezo a pensar que si de verdad hay alguien arriba, que por favor se manifieste. Mientras el profesor busca la ficha que le entregué hace nueve meses, contemplo aquella estancia en su mayor tiempo despacho, ahora paredón; estanterías dobladas por el peso de los libros, un par de tiras de Forges colgadas en una pared acompañando una orla del 71, una mesa auxiliar a reventar de trabajos apilados con diferentes tipos de clips, metálicos para ellos, de colores para ellas, y por último, como guardían orgulloso, un diploma enmarcado, no uno cualquiera, uno con el escudo constitucional y firmado por el mismo señor que aparece en la cara de los euros, acreditando la condición de licenciado. Sí, a priori es sólo un papel, pero por uno igual llevo luchando estos últimos años, algún día, si dios quiere, tendré el mío.

Tras encontrar mi cartulina el profesor se sienta y me cede, cual dios caprichoso ante el valiente mortal, un objeto, un bombo de bingo, de colores azul y amarillo chillón, feo, infantil, en esa mierda de bombo se fragua el resultado de mi esfuerzo de las últimas semanas.

Ni el veintidós de diciembre estoy tan nervioso viendo bolas girar en un bombo como lo estoy ahora, me siento como sacando la papeleta para la eliminatoria de mi equipo. Mejor no pensar que en este momento el fruto de todas las horas de estudio que he echado está en el giro de mi muñeca. Doy un par de vueltas al bombo y una bola cae, con el mismo pulso que la aguja de un sismógrafo durante un terremoto de escala ocho, cojo la bola y con una voz que no despertaría a un recién nacido susurro al profesor.

-Nueve.

Nueve, nueve, nueve, de repente, como un balazo en la cabeza, en mi cerebro aparece dicho tema, lo veo, la imagen del encabezamiento, cada folio subrayado, en color verde los conceptos y en naranja las características .

-Dígame lo que sepa del tema, en síntesis por favor, no divague usted -me dice el profesor con tono educado pero áspero.

Mi mente vuelve a bullir en un instante, creo que lo puedo desarrollar, lo sé porque mis amigos no estaban el día que se impartió y me tuve que encargar de copiarlo, y luego cuando mi hermana quiso ver la televisión para ver por duodécima vez las aventuras del señor Cuesta y compañía, decidí aprovechar el tiempo pasándolo a limpio en el ordenador, y sí, hice un par de anotaciones con un llamativo "puede entrar", además fue el tema que al empezar a estudiar coincidió con aquella belleza en la misma mesa, aquella muchacha que me hizo tragar saliva como un poseso y mirar hacia el menos sensual radiador mientras memorizaba la lección, y sobre todo, jeta es la puñetera lección que repase a las seis y pico de la madrugada!

Con tranquilidad y aplomo voy hilando las palabras, ahora las piernas están apagadas, ya no van en automático, la que va es mi lengua, que con rapidez y eficiencia va cantando el tema.

Termino mi exposición.

-¿Ya está? -apuntilla el profesor.

El "ya está" del profesor, es como un directo a mi pómulo derecho, ni cuando me lo dice una chica en el lecho me siento peor. Le acerco con la mano mi DNI, lo inspecciona cuidadosamente, comparando mi rostro con mi poco agraciada foto, vuelve a asegurarse, me siento como un disidente soviético escabulléndose por la frontera del telón de acero.

-Correcto, tenga su DNI, puede marcharse.

Gracias profesor por recordarme que hay libertad ambulatoria. Mantengo abierta la puerta del despacho para que pueda entrar otro compañero, ahora tengo yo que dar la rueda de prensa.

-Me ha caído el tema nueve- le digo al grupo de compañeros.

Y entra esa gente que me rodea, hay unos pocos, mis amigos, aquellos que no cambio por nada del mundo, aquellos que de verdad son mi auténtica vida universitaria que celebran mi respuesta.

-¡Cabrón con suerte!

-¡Si ese tema lo redactastes tú!

-¡Qué mamón!

-¿Cuánto le has cobrado?

Menudas "piezas" están hechos, pero los quiero a rabiar.

Son las once menos cuarto, no hay mayor sensación de libertad que minutos después de hacer un examen, los que hablan de dietas milagrosas deberían hacer un examen final de asignatura, cuando lo terminas sientes que has perdido cincuenta kilos en diez segundos.

Espero a mis amigos y amigas, qué menos, haya salido bien o mal el examen bajamos a tomar algo a la cafetería, esos cafés y esas tertulias son tan lectivos como los temarios de las asignaturas, eso es materia de carrera también, el estudiante con libros va de la mano del estudiante fiestero, ¡qué demonios!

Entre café y café, se oye una voz a través del portón de cafetería:

-¡Ya han salido las notas!

Creo que ni los bomberos son tan rápidos para acudir a un aviso como nosotros para acudir al tablón, meto la cabeza entre la gente y alineo mi nombre y apellidos con la calificación.

¡Un seis! No está nada mal, con este examinador lo celebro como un nueve, es un vino picado de seis, pero lo paladeo como un Rioja gran reserva, es una canción pachanguera del verano de seis, pero a mí me suena como la novena sinfonía de Beethoven, es un gol de churro de seis, pero vale como el que marcó el seis de España en la final de Sudáfrica.

Mientras el resto de mis compañeros se dedican a comunicar las buenas noticias haciendo subir las acciones de Telefónica, yo me dirijo con mis amigos a echar una caña, de camino a la tasca, pasamos por conserjería, mi amigo Alfonso me pide un bolígrafo para rellenar un impreso, al abrir el bolsillo de mi mochila para buscar un boli, un papel cae al suelo, lo cojo, es el tríptico del concurso de relatos, creo que merecerá la pena contar la vida de estos jóvenes estudiantes.